

El patrimonio documental del Museo Regional de Querétaro. Entrevista con David Saavedra

RAMSÉS JABÍN OVIEDO PÉREZ*

Presentación

El presente texto es fruto de una entrevista con David Saavedra, custodio de la Biblioteca Conventual del Museo Regional de Querétaro durante más de tres décadas. Testigo irrefutable de los cambios y transformaciones que se han producido en el acervo bibliográfico, sigue siendo uno de los principales promotores involucrados activamente en la conservación y difusión del patrimonio documental mexicano. A lo largo de la historia del Museo Regional de Querétaro,¹ que recordemos se fundó en 1936, fue determinante la presencia no sólo de objetos arqueológicos sino también de material bibliográfico antiguo. Desde luego, el patrimonio cultural tangible (donde figura el patrimonio documental) es fundamental en el desarrollo de políticas culturales públicas. La protección del patrimonio documental, como sostienen varias investigaciones de Idalia García, requiere atención y compromiso para señalar una serie de dimensiones analíticas de carácter bibliotecológico, archivístico, histórico y legislativo. Así, resulta necesaria una formación interdisciplinaria, sobre todo para saber manejar y conservar cada documento y contribuir con precisión a su estudio.

De este modo, la experiencia que ha tenido Saavedra en el Museo Regional resulta en muchos casos valiosa e interesante. La entrevista que a con-

* Licenciado en Filosofía, Facultad de Filosofía, Universidad Autónoma de Querétaro, México. Correo electrónico: oviedoperezramsjesjabin@gmail.com

¹ Una historia del museo puede verse en Miguel, G. Zárate, *Los espacios de la memoria: historia del Museo Regional de Querétaro* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003).

tinuación transcribimos “libremente” se realizó a finales del mes de agosto de 2018 en la biblioteca del Museo Regional. En la conversación se abordan diversos temas como la biografía de Saavedra, la composición del acervo, la gestión y difusión, las políticas de consulta, las acciones de conservación, la investigación, las encuadernaciones históricas, la colaboración interinstitucional, y la prospectiva de los fondos antiguos. Al finalizar las respuestas del custodio de la Biblioteca Conventual concluimos con algunos comentarios derivados del diálogo.

David Saavedra es un bibliotecario comprometido que comenzó su camino en un área tan importante para la historia social del conocimiento, como son las bibliotecas, a partir de una experiencia muy singular. Su labor docente en la Licenciatura en Restauración de Bienes Muebles de la Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ) ha contribuido a formar profesionales, entre otras cosas, dedicados al ámbito del papel. El conjunto de su labor investigadora (que consta de varios libros de autoría propia, artículos en revistas y capítulos de libro) se coloca en la línea de investigación en torno a la historia del libro (en el vasto circuito comunicativo de su producción) y la bibliotecología (en la caracterización de los acervos antiguos). Su libro sobre las marcas de fuego, por ejemplo, es una referencia constante en el Catálogo Colectivo de Marcas de Fuego,² proyecto de gran envergadura organizado y fundado por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP) y la Universidad de las Américas de Puebla (UD-LAP).

² El catálogo está disponible en: <http://www.marcasdefuego.buap.mx:8180/xmLibris/projects/firebrand/> (Consulta 2 de julio de 2020).

Con una actitud agradable y cálida, Saavedra muestra una indisimulable pasión por su trabajo. Sentados en la sala dos de la biblioteca, durante una hora, tuvimos un diálogo parecido al que escribimos a continuación:

Ramsés Oviedo (RO).- Me gustaría comenzar preguntando una cuestión de carácter biográfico, ¿cómo se incorporó usted al Museo Regional de Querétaro y específicamente a esta biblioteca?

David Saavedra (DS).- Eso es una historia muy bonita y agradable para mí. Yo a este museo llegué en el año de 1976, pero venía sin ningún conocimiento, ni siquiera había terminado la primaria. Entonces entré como chalan (o ayudante de albañil). En ese lapso empezamos a trabajar, precisamente en esta área donde está la biblioteca que se encontraba vacía. Cuando terminamos la obra me acerqué al maestro Eduardo Loarca, director en ese momento, y le dije que me gustaría trabajar en el museo. Era un maestro muy clásico y con mucha experiencia, sarcástico hasta cierto punto y me dijo que no, que se requería de gente preparada, de jóvenes que estuvieran estudiando, y mínimo que ya tuvieran una licenciatura. Yo seguí trabajando todavía algunos días aquí, cargando mi bote de mezcla y de escombros, y un día pasando por su oficina me dice: “Oye, muchacho, ¿sí quieres trabajar aquí? Necesito que vengas bien planchado, lavadito. Aunque tengas ropa así parchada, como la tengas, no importa, pero sí que vengas presentable”.

Ese fue mi primer acercamiento al Museo. Las primeras cosas que hice fue lavar baños, limpiar vitrinas, cuidar una sala como custodio. No fui muy ordenado y además venía de un ambiente muy brusco, donde era buenísimo para los albueros, para las majaderías –como dicen por ahí, las groserías–, y le causé un poco de problemas al maestro. Cuando subieron

la biblioteca que se encontraba en la planta baja a esta área donde ahora nos encontramos, el maestro me mandó como castigo a la biblioteca conventual. Ya no sabía qué hacer conmigo, imagínate tener una gente mal hablada en las salas del museo. Ese fue mi primer contacto con ella: como un castigo para venir a hacer aseo y hasta cierto punto como custodio.

Esta biblioteca era todo un almacén, no era en sí propiamente la biblioteca. Cuando se rescataban piezas arqueológicas de alguna zona aquí se concentraban esculturas, pinturas (que no estuvieran en exhibición) y así diferentes materiales relacionados con el museo. Afortunadamente el maestro tenía mucha visión sobre la conservación y pidió a México que vieran a conocer el lugar para instalar la biblioteca. A la maestra Yolanda Mercader, quien ese entonces era la directora de todas las bibliotecas de la red nacional del INAH, no le gustó cómo se encontraba la biblioteca y como yo era el único que estaba me dijo: “A ver, necesito que me retires todo lo que hay aquí y que dejes exclusivamente libros”. Me dio un plazo de quince días y así me di a la tarea encomendada: sacar material de electricidad, adornos que utilizaban para las festividades de navidad, de septiembre, esculturas, pinturas, etcétera. Sin embargo, la maestra Yolanda no tenía la visión de las bibliotecas conventuales, sino que su proyecto era hacer bibliotecas contemporáneas que sirvieran a las primarias, secundarias y preparatorias. Y empezó a traernos material bibliográfico ya de acuerdo a nuestros tiempos. Entonces lo único que hicimos fue colocar la estantería y empezamos a hacer la clasificación y catalogación pero de una biblioteca contemporánea. Eso fue como en 1980-1981. En 1984 vino la maestra Cristina González, que era la encargada de los fondos conventuales. Nos dijo que con ese material contemporáneo había que hacer una biblioteca aparte y aquí exclusivamente hacer la biblioteca conventual. Ella fue la

primera que me dio las lecciones sobre cómo manipular un libro antiguo como el que nosotros tenemos aquí en esta biblioteca que es desde el siglo XVI hasta el siglo XIX. No hicimos una clasificación muy depurada porque ya los materiales venían con una nomenclatura. Y nos preguntamos ¿cómo le entramos: por siglos o por tema? Nos fuimos por tema, y la biblioteca se conformó con cuatro áreas muy bien definidas. Las fichas catalográficas que se elaboraron nos permiten precisamente la ubicación de nuestro material y, aunque no esté muy bien clasificado, nos lleva directamente a donde están los materiales. Entonces mi primer contacto fue por un castigo, llegué a él y desde 1980-81 hasta el 2018, aquí estamos.

RO.- ¿Cuáles son las cuatro áreas de las que está hablando? ¿Qué tipo de materiales podemos encontrar aquí?

DS.- Son fuentes de primera mano, y algunas en su mayoría son ediciones europeas.³ En la primera sala quedaron diccionarios, enciclopedias, derecho civil y derecho religioso. Un área muy grande e importante, a la que no le hemos dado o los investigadores casi no la solicitan, pero es muy rica, es la parte homilética, todos los sermones. Tenemos fuentes en varias lenguas: italiano, francés, español, portugués y latín, entre otros idiomas. Es muy rico en este sentido. Por otro lado, los diferentes discursos que se daban desde el siglo XVI hasta el siglo XIX. En la sala dos se trató de concentrar la gran parte de lo que es el derecho teológico, sus respectivas divisiones y una colección importantísima de patrística, desde los primeros padres griegos y latinos hasta que entra parte de la Edad Media. Dentro de

³ Para conocer estas fuentes puede accederse de manera remota al Catálogo de Fondos bibliográficos antiguos de ADABI, A.C. Disponible en: <https://www.adabi.org.mx/index.php/libro-antiguo/buscador-de-fondos-bibliograficos-antiguos> (Consulta: 2 de julio de 2020).

los grandes autores podemos encontrar los clásicos: San Alberto Magno, San Agustín, Santo Tomás, Duns Escoto, etcétera. Entonces la sala dos tiene esa presencia muy rica de carácter teológico.

En la sala tres tenemos algunas colecciones como religión en general, boletines eclesiásticos y también una colección bíblica, donde tenemos a Nicolás de Lira, que es un clásico del siglo XVI. Aunque él viene desde la Edad Media, con el nacimiento de la imprenta en 1446, tenemos gran infinidad de ediciones. Lira es uno de los más importantes que tenemos en la sala tres. Francisco de Viana es otro autor también importantísimo, que hace referencia también a la biblia, pero desde otra perspectiva: es el análisis directamente de la biblia y el vocabulario que se maneja en ella. La sala tres es rica en esos aspectos. En la última sala tenemos lo que es filosofía, algunas colecciones como Ferraris, Cornelio a Lapide, un gran jesuita en cuyos libros las imágenes son impresionantes. Tanto en la primera sala como en la cuatro vamos a encontrar muchísimos tratados, muchísimos idiomas, y también muchísimas ilustraciones. Algunos investigadores vienen por el tipo de tratado, y otros exclusivamente por las imágenes que presentan este tipo de libros.

RO.- En este acervo usted ha realizado visitas guiadas para un público muy diverso y recientemente se publicó un libro sobre las letras capitulares donde usted participó.⁴ Son actividades de difusión muy importantes. En este sentido, ¿cuáles son las actividades sustantivas que a su juicio debe realizar un acervo antiguo como éste?

⁴ Vid. VV.AA. *Letras capitulares. Aproximaciones contemporáneas a los acervos del siglo XVI* (Querétaro: Eólica Grupo Editorial, 2017).

DS.- Las bibliotecas antiguas son ciencias puras y vivas, y no debemos darle ese calificativo de libros viejos que ya nadie consulta. Son fuentes vivas que tenemos que dar a conocer, papel fundamental de los bibliotecarios y de los mismos investigadores. Una de las funciones primordiales es mantenerlas en orden, clasificadas, catalogadas, con una buena presencia para que el investigador haga uso de ella. Yo tengo alrededor de doce investigadores por año, un promedio, puedo tener más o puedo tener menos. Lo cual quiere decir que hay un investigador por mes. Hay que considerar que no solo vienen un ratito, muchos se quedan una semana, otros, dos días, hemos tenido a algunos que se quedan hasta un mes. Ellos ya saben en qué condiciones tenemos el acervo y qué es lo que van a encontrar. Entonces empiezan a hacer su trabajo y nosotros para dar un mayor servicio, nada más podemos darles atención a dos investigadores a la vez, que es muy difícil que nos lleguen, pero sí los hemos tenido. Nada más vienen dos para poderlos atender bien, o uno, pero previo deben hacer su solicitud para que nosotros veamos si tenemos el material que están solicitando y en qué condiciones está.

Es una parte sustantiva: si son materias vivas pues hay que darles todo el auge que se pueda. No quisimos nosotros encerrarnos en una biblioteca hermética. Si solicitamos algunos requisitos, pero también permitimos que entren hasta niños, ellos nada más observan y se quedan maravillados cuando abrimos un libro coral, se quedan sorprendidos, les digo que así eran los libros antes para que ellos los cargaran a la escuela. Además de primarias y secundarias también atendemos a los de la senectud, que muchos son grandes profesionistas y ya no están activos pero que de alguna forma les encanta esta vida de las bibliotecas. A todos ellos les damos sus visitas. Entonces, hasta cierto punto también, esa es una parte sustantiva.

Otra parte es mantener en buen estado los materiales, una biblioteca que no es fumigada, por ejemplo, es difícil de mantener. Estas acciones también son parte sustantiva. ¿Cómo lo protegemos? Con limpieza, circulación del oxígeno, y un ambiente propicio para el mantenimiento de los materiales, así como con una correcta manipulación para evitar la resequedad de un cabezal o el forro en general.

En resumen, para mí serían tres partes sustantivas: una, ponerla a disposición de los investigadores para que vengan, conozcan, analicen y le saquen provecho; dos, mantenerla en muy buen estado, si tenemos bibliografías que tienen quinientos años nuestra responsabilidad es estirar y agrandar más su vida. Ya vendrán técnicas tal vez mejores dentro de unos quince años, veinte años, no sabemos, a lo mejor nos van a criticar por la forma en la que ahora actuamos o van a decir: “Qué bueno que reservaron este material y ahora con estas nuevas técnicas le podemos dar más vida a estas bibliografías”. Y tres: darle toda la difusión que se pueda de acuerdo a nuestros requisitos de conservación.

RO.- ¿Aquí hay incunables?

DS.- No tenemos ningún incunable, esos se manejan desde el nacimiento de la imprenta hasta 1500 y nosotros el “librito” o joya principal que tenemos es de 1528 (pero por ahí tenemos uno que no me atrevo todavía a indicar pero debe ser de 1506). Sobre la pregunta que haces de los incunables: la tipografía del siglo XV muchas ocasiones se siguió utilizando en el siglo XVI. No es que al terminar el siglo XV tiraran la tipografía. No, se siguió utilizando. Tenemos algunos materiales que no son incunables pero sí tienen tipografía del siglo XV. También eso los hace ricos. Es una maravilla porque el que se encarga de estas hermosuras, lo hace por un acto de

amor, si no tienes ese acercamiento, si no lo sabes apreciar, pues de nada sirve que seamos encargados de bibliotecas conventuales cuando no tenemos ese cariño, esa sensación hacia los libros. Y regreso al inicio: son materias vivas y, si están con los vivos, tenemos que tener contacto con ellos. Por ejemplo, siempre les digo que amo mucho a mi esposa, pero creo que estoy casado más con la biblioteca, son dos amores diferentes pero que a los dos los arropo mucho; además hay que saber y aprender a respetar este tipo de materiales.

RO.- En relación a la conservación del patrimonio documental, ¿cómo fue el proceso de elaboración de su Catálogo de marcas de fuego⁵ en 1994?

DS.- Yo tengo algunas investigaciones sobre esta biblioteca. La investigación la he hecho jugando, para mí ha sido un juego. Yo entré aquí en el 80-81, y todo era completamente desconocido, cuando vi esos sellos o monogramas (que ahora les llaman marcas de fuego o marcas carbonizadas, a mí no me gusta llamarles así porque es como faltarle el respeto al libro, pero son bellezas de monogramas que nos remiten a los dueños de esos libros), empecé a dibujar las marcas y en ellos mismos fui encontrando a qué convento permanecían. Cuando ya tuve una gran cantidad de fichas, vino un grupo de personas de la Universidad Nacional Autónoma de México a hacer el registro bibliográfico para un catálogo que lo hicimos colectivo donde participó Querétaro, Zacatecas, Yuriria, Cuitzeo, Casa de Morelos, Tepotzotlán, los dieguinos de México, Museo Nacional de Antropología

⁵ Vid. Saavedra Vega, D. *Marcas de fuego de la Biblioteca Conventual del Museo Regional de Querétaro del Instituto Nacional de Antropología e Historia* (México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1994).

y también el acervo de los agustinos de Acolman. Estamos hablando de alrededor de unos 70,000 títulos, que están concentrados en una sola base de datos.⁶ Lo cual quiere decir que si un investigador llega buscando una edición especial, consulta y va directamente a donde esté. En cualquier caso, cuando vieron estos jóvenes todas estas marcas les dieron un número, no recuerdo ahorita los números para distinguir cada una de las órdenes religiosas. Después se llevaron los dibujos a México y allá sin avisarme publicaron un catálogo con todas las marcas que yo les había prestado, las de aquí de esta biblioteca. Cuando me di cuenta dije: “¡Ya qué! Total, lo dieron a conocer”.

Cuando vino la Dra. Stela Ma. González Cicero, que en ese momento era la encargada de las bibliotecas conventuales, le dije que por qué no se me había pedido mi autorización para utilizar las marcas que yo tenía, que está bien que las hayan utilizado, pero creía que debieron haberme avisado. Y comentó que se había hecho una investigación y aprovechando que yo tenía todas estas marcas ahí se vaciaron, y no únicamente están estas sino también la investigación de otras. “Pero no te preocupes”, dijo, “te vamos a publicar las tuyas, pero que sean exclusivamente de las que hay aquí en la biblioteca del Museo Regional porque aquel es hasta cierto punto un catálogo general y el que vamos a generar será particular porque concentraremos exclusivamente las de aquí de la biblioteca”.

Para mí fue un juego, me puse a dibujar, las vio y las volvieron a marcar, hice una introducción, le puse la colocación a pie de imagen, a qué orden pertenecía y una clave con nomenclatura para una mayor facilidad y encuentro. Fue algo muy simple; les gustó tanto la encuadernación y las

⁶ Saavedra se refiere al Catálogo Bibliográfico de Bibliotecas Conventuales del INAH.

imágenes que la doctora dijo: “Este libro no se va a vender”. Entonces sólo se regaló a todas las bibliotecas para que conocieran mi trabajo y sirviera como modelo para otros bibliotecarios y se motivaran a hacer algo parecido. El libro se fue al extranjero y a varias partes del país. A mí me dieron una caja con unos cincuenta libros que los repartí y regalamos en la presentación del libro. El segundo que editamos fue sobre los libros corales.⁷ Ese se elaboró buscando más información y con una estética más agradable. Entonces es así como yo he dado algún fruto de esta biblioteca.

El que publicamos el año pasado fue por una invitación que se le hizo a Querétaro para ser el invitado de honor en la feria del libro en el Palacio de Minería. Tal vez está un poco acelerado este libro, porque lo habíamos dado a conocer, pero no sabíamos del compromiso de la presentación. Creo que salió muy bien, es muy ilustrativo, prácticamente el libro es noventa por ciento de mi autoría, el otro diez por ciento es de algunos que fueron invitados para que hicieran el prólogo o el análisis de las técnicas de los grabados. Pero toda la parte iconográfica, el análisis de ella, la selección de los libros, un artículo sobre la importancia de la biblioteca, es de mi autoría. ¡Ahí vamos! Esperemos que el de las marcas de fuego tal vez salga en una segunda edición, pero ahora sí ya no como juego sino más profesional, utilizando los dibujos que ya se tienen, queremos agregar fotografías para que sea más ilustrativo y tenga un diseño más estético.

RO.- Una parte bien importante es el cuidado de los libros, el material, las estructuras. ¿Aquí cómo se maneja la restauración y conservación? ¿Esta biblioteca tiene su propio laboratorio? ¿Es usted quien

⁷ Vid. Saavedra Vega, D. *Libros corales de la Biblioteca Conventual del Museo Regional de Querétaro* (Querétaro: Gobierno del Estado, 1996).

interviene la obra? ¿Reciben apoyo del INAH o se apoyan en otras instituciones?

DS.- En el año 2000 pusimos un programa que se llamó “Primeros auxilios de la Biblioteca Conventual del Instituto Nacional de Antropología”, y aquí dentro de la misma biblioteca instalamos un pequeño taller con jóvenes estudiantes de la Facultad de Bellas Artes de la UAQ que están en Restauración de Bienes Muebles y llevan una materia de lo que es el papel. Los invitamos para que ellos hicieran aquí sus prácticas profesionales guiados por nosotros. De una manera el Museo tiene sus restauradores, ellos cuidan que se siguieran los lineamientos para poderlos manipular. Si encontramos un libro totalmente deshojado habría que coserlo de acuerdo a las técnicas de los libros antiguos; al hacer encuadernación si requería pergaminos se aplicaban pergaminos, si era de piel se aplicaba de piel, si únicamente requería limpieza técnica se hacía limpieza técnica. Duramos poco, después vinieron nuevas formas de trabajar. Nos dijeron que mejor no se interviniera la obra, que únicamente se le brindara conservación, que es prácticamente limpieza y buen uso de la materia. Nada de intervención de la obra. Con la universidad y el INAH, con ese programa el instituto nos proporcionaba ocho mil pesos para comprar materia prima, que en sí no se requiere de mucho material, lo costoso para una intervención es la mano de obra: pues si nos encontramos un libro totalmente deshojado, mutilado o con diferentes daños propios de la época o también del mal uso, a veces se requiere hasta seis meses o un año para dejar estable un material de esos. Es así como se hizo el pequeño taller, ahora dejamos de funcionar así por la sencilla razón de que cambió la administración y ya no se nos da el apoyo económico y los restauradores dijeron que debíamos esperarnos.

Lo bueno para mí sería que el museo –o cualquier otra institución– tuviera su propio taller, pero que no esté dentro del acervo bibliográfico por los químicos que se manejan. Los muchachos a veces requieren espacios y nosotros ni siquiera tenemos una sala para realizar la investigación, entonces el investigador lo hace dentro del área del acervo, pero si se tuviera un taller para papel, se requiere material muy específico (cámara, químicos, mesas, prensas, mallas, piel, pergaminos). Desgraciadamente en México no hay esa visión, sí se habla mucho de la conservación, la investigación y la difusión, pero hablamos poco, por ejemplo, de tener un taller propio para escultura, para papel, para textiles, etcétera; carecemos de eso. Está en Churubusco la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía, ahí sí cuando se requiere de algo ya muy especial se envía el material y allá se trabaja, pero ya dejaron de hacerlo hace rato. Pero es así como empezamos a trabajar.

RO.- Volviendo al tema de las encuadernaciones históricas, ¿cuáles son las técnicas que usted conoce? ¿Cuáles son las principales encuadernaciones que ha descubierto? ¿Qué estilos le parecen de gran trascendencia para la historia del libro?

DS.- Queramos o no, la rústica es hermosísima; la italiana, que se da en el siglo XVI, a mí me encanta, desde el tipo de encuadernado, el dobles de la cofia, la textura y cosida del cabezal, el amarre de los nervios. Tenemos otro estilo que también es hermosísima y muchos dicen ¡qué placer! Me refiero a las renacentistas, que son italianas en su mayoría. Además, están las alemanas, imagínate: ahí nació la imprenta. ¿Cómo no debieron tener unos grandes encuadernadores y además unos artesanos para poner a relieve y a bajo relieve este tipo de encuadernaciones?

Pero yo me quedo con la italiana y es cuestión de gustos porque si me escuchan los libros van a decir: “¿Y yo dónde quedo?” Tenemos dos libros nada más de una encuadernación árabe y una muy propia de los encuadernadores de nuestros archivos. Las demás que observamos son del modelo europeo, pero dentro de ese modelo, ahí puedes encontrar las renacentistas tipo italiano, la española o la holandesa. Yo afortunadamente nada más he trabajado, por el carácter tan delicado, la tipo holandesa e italiana, pero cuando uno encuentra un libro y lo va a intervenir, tiene que someterse a los cánones que establecen la restauración o la conservación. Además, tenemos que tener mucho cuidado al hacerlo porque en los lomos de la italiana vienen los títulos y, en algunas ocasiones, también los autores escritos con tinta vegetal. Así que si alguien no cuida esto y no ve qué tipo de tinta tiene la podría remover.

Por eso el libro antiguo es muy hermoso, pero también muy delicado, hay que saber tratarlo, saber qué se tiene en las manos. Esto te va a dar experiencia. Insisto, aquí yo entré de la nada, pero el maestro Loarca que estuvo desde el 76 hasta el 2006 aproximadamente, buscó que me preparara, que si ya estaba aquí dentro de la biblioteca, estudiara latín, el que no sabe latín o no tiene las nociones de latín, carece de una herramienta. Así que me metió como a cuatro cursos de latín, no sé latín pero al menos puedo leer todas las carátulas y hacer un registro, hacer fichas. Para la cuestión de la encuadernación hice un curso en Cuba. Después aquí, en el Museo, nos dieron otro curso de encuadernación. Por parte del Instituto he asistido a cursos de papel, para conocer las fibras, su material y trato, cuál debe de utilizarse para una restauración o una intervención, los materiales, etcétera.

Esta formación te tiene que dar experiencia, pero también es necesario que uno ponga de su parte y se prepare. Así cada vez más te vas enamorando del libro antiguo. Yo el día que quiera me puedo ir, hace dos años que legalmente ya puedo entregar la biblioteca y retirarme a descansar, pero creo que no es lo mío. Yo tal vez esté otros dos años o tres años, no lo sé, pero al menos cuando entregue esta biblioteca en manos del sucesor – que no sabemos quién será– espero entregarle buenas cuentas, pero más que a él a una sociedad, más que a la sociedad, al mismo libro, más que al mismo libro, al tiempo.

RO.- ¿Cuál es la actividad que más disfruta en su trabajo y cuál ha sido su experiencia a lo largo de estos más de treinta años aquí? ¿Ya cuántos años lleva aquí?

DS.- Aquí, desde el 80 a la fecha ya llevo más de treinta y ocho años, y en el Museo como cuarenta y tres o cuatro años. Yo disfruto el museo, en general. Me gusta sentarme en una banca en los pasillos. El regresar a la biblioteca y tener en mis manos un libro del siglo XVI es algo que pocos lo saben sentir y gozar. La colección por excelencia son los libros corales que pesan cerca de treinta kilos, únicos en el mundo ¡Son únicos! Los que nosotros tenemos pertenecen a los franciscanos del Colegio de Propaganda Fide de la Cruz de los Milagros de Querétaro, de ahí provienen los trece libros corales que tenemos. Al apreciar una letra capitular, el sentir la textura del pergamino y cómo es posible que hayan curtido un folio de 40x80 cm y todavía sobre ése al temple hacer capitulares, hacer toda la litografía del canto coral, eso es una cosa no imposible pero que para la época de verdad nos dejaron un gran tesoro, una gran maravilla. También tenemos los libros manuscritos del siglo XVIII, esa caligrafía, ese estilo de ir vacian-

do la pluma renglón por renglón donde no encuentras una gota de la tinta, no encuentras nada tachado. ¿Cómo lo hicieron? Son libros perfectamente ejecutados en cuanto a tinta, encuadernación, libro, idioma, lexema, gramema, etcétera. Tenemos otro que es tardío, pero yo siempre les presumo: un libro –nada más y nada menos, como dicen los muchachos– escrito en ciento cincuenta idiomas, concentra ciento cincuenta en un solo volumen.

RO.- ¿De qué libro se trata?

DS.- Es una oración que se llama *La Magnífica*, una oración a la virgen María. En ese momento solamente se consideraban los idiomas de cuatro continentes: americano, asiático, europeo y africano. No vienen revueltos sino por continentes; de México vienen el maya y el náhuatl y cada oración obviamente es un folio. Pero todavía tiene otro detalle: maneja cinco idiomas que son los más hablados en el mundo, entre ellos francés, inglés, español e italiano, son los cinco básicos para el mundo, y hace un análisis emblemático del nombre de María y además presenta una flor. Debajo de cada imagen, vienen los lemas relacionados con la virgen en esos cinco idiomas. Y tal parece que de acuerdo al idioma buscaron algo que relacionara con el lugar donde se habla, por ejemplo, el idioma egipcio: ¿qué es lo más clásico y popular que se tiene para anexarlo? Pues las pirámides. Para México, por ejemplo, el maya, lo propio es la vegetación de la región. El libro termina con un análisis y concentra las obras musicales de los más grandes compositores que trabajaron para cantarle a la virgen María: Tomás Luis de Victoria, del siglo XVI, Franz Schubert, entre otros. Imagínate todo lo que tiene ese libro.

Entonces cada libro que abramos en nuestras manos es único. ¿Cuál es el que más quiero o con el que más me siento bien? Con cualquiera que yo

abra puedes ver desde su encuadernación, tipo de caligrafía que tiene, una marca de fuego, una miniatura, una letra capitular...

RO.- Incluso el impresor también debe ser valioso...

DS.- Te maravillas de los grabados, los autores, de tantos y tantos libros. No sé cuántos aquí en México habrán investigado cómo se clasificaba y catalogaba en la época colonial. Hay un manual precisamente que indica cómo mantenían en orden y buena presentación la consulta de los libros, aunque de una manera sí eran muy estrictos en esa época, pero dentro de la élite sí había consulta de esos materiales. Todo eso se ha perdido, solo quedan listas, hemos perdido muchos archivos.

Voy a abrir un paréntesis: México en el siglo diecinueve precisamente durante las leyes de Reforma, tuvo un fuerte enfrentamiento entre liberales y conservadores, y entre ellos se llevaron mucho material bibliográfico. Querétaro, por ejemplo, no tiene prácticamente ningún registro de San José de Gracia. ¿Dónde quedó todo su material? Lo destruyeron. Son contados, por otra parte, los libros que quedaron del Convento de Santa Clara, que debió tener una biblioteca grande por la presencia y economía que manejaba; incluso del poco material que queda por ahí yo conozco como tres manuscritos del puño y letra de religiosas o monjas que estaban en el convento.

Entonces sí, hay una conciencia de la conservación y la difusión de estos materiales bibliográficos, pero yo creo que hasta como finales del siglo veinte. Lo digo con mucho gusto y sin levantarme el cuello: a mí me tocó ser de los primeros en querer, respetar, y cuidar bibliotecas de este tipo. Además del trabajo que hice aquí realicé el catálogo y la clasificación de la biblioteca de Yuririapúndaro (como se llama Yuriria en Guanajuato), le-

vanté esa biblioteca desde cero y quedó en muy buenas condiciones. Pero, como digo, esta biblioteca del Museo Regional está para muchísimo trabajo: el que venga tiene que hacer una reclasificación y otra catalogación.

RO.- ¿Cuál ha sido la relación o colaboración que ha tenido con bibliotecas de su misma naturaleza como la Palafoxiana y la Lafragua de Puebla, la Armando Olivares de Guanajuato, la Biblioteca Nacional de México y muy cercanamente el Acervo Fondo del Tesoro en la Universidad Autónoma de Querétaro?

DS.- Es una relación mutua, no se han hecho convenios institucionales pero el acercamiento sí lo hemos tenido. La biblioteca del Tesoro⁸ de la UAQ es hermana, o más bien hija, de esta biblioteca porque aquí hay cerca de catorce mil volúmenes mientras que allá tal vez tienen menos de la mitad. Cuando afortunadamente se dan a la tarea de poner muy en alto y dignamente la biblioteca del Tesoro, a mí me invitaron para dar cuatro o cinco pláticas a los primeros muchachos que se encargaron de esta biblioteca. Les quedó muy bien. De una manera institucional estamos en contacto, yo sé lo que tenemos nosotros, lo que tiene la UAQ, lo que hay en Morelia, en Oaxaca, etcétera; siempre nos apoyamos cuando no contamos con el material y remitimos a otras bibliotecas para que las conozcan también. Entonces esa relación es mutua.

Yo acabo de estar en la biblioteca conventual de San Francisco en la ciudad de Quito, Ecuador,⁹ ya por parte de la UNESCO, con programas de

⁸ Para más información véase: <http://filosofia.uaq.mx/index.php/mas/fondo-del-tesoro/481-fondo-del-tesoro>.

⁹ Ver página de Facebook de la Universidad Autónoma de Querétaro. “Restauran académicos de Bellas Artes, biblioteca en Ecuador”. 13 de diciembre de 2017. Disponible en: <https://www.facebook.com/uaq.mx/photos/a.10151507274059849/10155156824874849/?type=3&theater> (Consulta: 27 de junio de 2020).

primeros auxilios y de clasificación y catalogación, incluso me pidieron que me fuera un año, pero ya no me siento con tanta energía para andar en esas cosas. Las de Puebla obviamente las conozco. Principalmente tenemos la red nacional de bibliotecas y bibliotecarios del Instituto Nacional de Antropología e Historia... lo que tenemos es el catálogo colectivo de cerca de setenta mil títulos. Creo que las instituciones son las que deberían echar a andar programas como instituciones. Porque nosotros entre bibliotecarios nos entendemos, nos visitamos, nos invitamos, damos pláticas, pero hasta cierto punto de manera informal. Si por ejemplo la Universidad de Puebla, la de la UAQ, el INAH, hicieran un catálogo colectivo solo de marcas de fuego o publicaciones que se han hecho de estas bibliotecas y conferencias que se han dado, tendríamos un base de datos fenomenal, pero tal parece que aunque aparentemente hay un acercamiento, el INAH es muy reservado, la Universidad es tal vez un poco más abierta pero no se han reunido como instituciones para la protección y para la divulgación, que es también uno de los objetivos que deben tener las bibliotecas.

RO.- Para finalizar, ¿cómo ve usted el futuro de los fondos antiguos en México?

DS.- Siempre hay riesgos, pero contra viento y marea hay que estar siempre atentos. Las bibliotecas no van a morir, son materiales vivos. Tenemos grandes avances electrónicos, pero son muy delicados: si se pierde la información se pierde todo. Nuestras bibliotecas en un futuro seguirán existiendo con materiales desde que surge la imprenta hasta nuestros días y manuscritos que vienen desde antes de la Edad Media. Siempre estarán para investigadores que quieran consultar directamente las fuentes. Para nosotros sería fenomenal que estas bibliotecas todas se microfilmaran, y

que, en lugar de tener el acceso a los materiales, se fuera directamente sobre la información ya digitalizada. Pero creo que siempre habrá gente interesante e interesada en consultarlos directamente. Hay gente que se emociona cuando ve estos materiales, les quiere sacar fotografías, los quiere consultar. Nada más que tenemos el problema de que pocos saben latín, y como nuestro material en su mayoría está en latín pues deben aprenderlo. Como digo: hay que combinar el material antiguo que tenemos con la electrónica para sacarle provecho. Ya no se necesita saber latín, sino que vienen, transcriben o incluso fotografían o ven el microfilm, y luego sacan la información.

No hay por qué preocuparnos, hay un futuro muy bueno y va a depender de cada quien y me quedo con la frase: “Cuando se tiene en sus manos este material no lo hace por lo económico, lo hace como por misericordia, por el amor que se tiene y por el placer de darlo a conocer”.

A modo de cierre

La entrevista con David Saavedra permite abrir diversas reflexiones y cuestionamientos en torno a la memoria del patrimonio documental de Querétaro. En primer lugar, resulta crucial la iniciativa de personajes como Germán Patiño o Eduardo Loarca Castillo en la conservación del patrimonio cultural (tangibile) de Querétaro. Pues ambos posibilitaron, entre otras cosas, la protección y organización del acervo bibliográfico del Estado. Si bien el INAH ha ido evolucionando de paradigma organizacional y legislativo, conviene tomar en cuenta el impulso que ha otorgado a la patrimonialización de los documentos históricos. Es preciso señalar que Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas publicada en el Diario Oficial de la Federación en 1972 (con sucesivas reformas)

enmarca y valora como “monumento histórico” la cultura del libro impreso de los siglos XVI al XIX (artículo 36, incisos II y III). En el caso del Museo Regional, indudablemente destaca por ser un paraíso de numerosos monumentos históricos (decimos paraíso evocando a nadie menos que a Borges). Precisamente la labor y testimonio de Saavedra esclarecen parte de las funciones sustantivas que hay al cuidar acervos históricos de carácter público. Por ejemplo, él concibe que el proyecto de un acervo debe establecerse en torno a tres ejes: difusión, investigación y conservación. De modo que cualquier actividad interna y externa debe estar orientada en función de estas áreas con la idea de repercutir positivamente en el entorno queretano.

En este tipo de instituciones informativas desde luego existe un arraigo social de carácter simbólico, incluso de fetichización del libro, donde se toma –o se pretende tomar– conciencia de la evolución histórica del conocimiento a través de un soporte físico. No obstante, su estatuto jurídico a menudo requiere de la manifiesta participación del Estado para garantizar la conservación de bibliotecas de esta naturaleza. Redimensionar esta participación en términos de obligatoriedad y responsabilidad social forma parte ya del ideario bibliotecario. Pero el apoyo estatal, de suyo importante en la preservación material del objeto libro, se encuentra condicionado por las partidas presupuestarias de los poderes públicos. Tengamos presente que el Museo Regional depende del presupuesto autorizado al INAH. Para 2020 el panorama no es nada promisorio ya que por medidas de austeridad sufrió una reducción en su presupuesto de alrededor de 50%.¹⁰ Anali-

¹⁰ Ver página del periódico *El Universal*. “Reducen a INAH 750 millones de su presupuesto autorizado”. 27 de mayo de 2020. Disponible en: <https://www.eluniversal.com.mx/cultura/reducen-inah-750-millones-de-su-presupuesto-autorizado> (Consulta el 2 de julio de 2020).

zar el uso de recursos de la red de bibliotecas conventuales del INAH implicaría también analizar todo el entramado administrativo de esta institución. Aquí sólo se hace el señalamiento, pero queda como tema pendiente para futuras indagaciones.

No cabe duda que diligentes instituciones como el Museo Regional han sostenido un trabajo de vinculación institucional con la UAQ y otras dependencias. Si se toman en cuenta las Prácticas Profesionales y Servicio Social que la Biblioteca Conventual ha ofrecido podemos encontrar favorecida la participación de estudiantes (como planteó Saavedra al preguntársele por el taller de conservación y restauración). Es necesario considerar que un museo, que subraya la salvaguarda de bienes culturales, está en condiciones para aportar mayor formación y estudio. Sin embargo, hay que reconocer que es bastante trabajo para una sola persona dedicarse a un acervo que sobrepasa los doce mil libros. Por causas administrativas (y de política interna) esta situación resulta problemática en cuanto no permite un trabajo colegiado entre profesionales de la bibliotecología, la historia, la conservación y restauración, por mencionar solo algunas, cuya colaboración interdisciplinaria, aplicada y tenaz, podría potenciar la protección y concientización crítica del patrimonio documental. Es quizás aquí donde la profesionalización del responsable –o deseablemente equipo– que protege las instituciones de custodia es una tarea conducente a repensar los compromisos que implica el patrimonio cultural mexicano.

Este enfoque da lugar a una pregunta: ¿cómo lograr una mayor participación, totalmente remunerada, de los profesionistas del libro antiguo en el Museo Regional? En efecto debe evaluarse y cambiarse el esquema de “voluntariados” (con sus debidas particularidades) que a veces busca solucionar una tarea importante: atender los libros. Esto, junto a la democrati-

zación de los puestos de trabajo, podría dar lugar a una reorganización interna. Los recortes presupuestarios al INAH sin duda obligan a optimizar el uso y aprovechamiento de recursos. El financiamiento para la conservación de bienes culturales siempre es un tema complicado, pero para los efectos del patrimonio documental son destacables al menos dos fuentes de apoyo no gubernamental en México que, a través de distintas modalidades y requisitos, tienden a proteger los tesoros bibliográficos del país: nos referimos a la UNESCO y a ADABI, A.C. Ambas instituciones han contribuido loablemente a la elaboración de recursos de conservación, difusión e investigación. Habría que prestarles mayor atención porque creemos que una posible vinculación del Museo Regional de Querétaro con esas entidades podría mejorar sustancialmente el fondo antiguo del museo.

Hay elementos que hacen pensar en la Biblioteca Conventual como un *referente* local y nacional. Este es otro punto a considerar. Ya que la dinámica de socialización del patrimonio documental y bibliográfico del Museo Regional ha buscado un involucramiento con la sociedad en general y no sólo con una comunidad epistémica determinada. Mediante visitas guiadas el museo busca mantener una cercanía con la sociedad. Tal difusión, consulta y mantenimiento, en menor o mayor medida, han permitido identificar al lugar en medio del campo cultural presente en el territorio queretano. Por supuesto, en Querétaro también se pueden ubicar otros acervos: el Acervo Histórico Fondo del Tesoro de la UAQ (recién cambió su designación), la biblioteca del Seminario Conciliar, la hemeroteca del Archivo Histórico del Estado, la biblioteca antigua del Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas, la biblioteca particular del padre del poeta Miguel Aguilar Carrillo, entre otras. Sin embargo, por la dinámica cultural que envuelve al Museo Regional la visibilidad de éste es mayor en comparación

con los otros citados. Las herramientas de comunicación museográficas han proyectado mucho la singular presencia de la Biblioteca Conventual. Vemos que es un elemento que le da dinamismo al museo (por ejemplo, las redes sociales del museo periódicamente generan contenidos sobre la biblioteca).

Por otra parte, los investigadores son un bastión clave que retroalimenta la valoración efectiva de las fuentes primarias. Quizá cabría señalar que el promedio de investigadores calculado por Saavedra representa un número muy bajo para un acervo tan grande. En efecto, un registro anual de doce investigadores da lugar a muchas hipótesis de sus posibles causas. Sin embargo, aquí únicamente cabría pensar –por seguir usando una metáfora del propio Saavedra– en las formas de “vitalización” bibliotecaria. ¿Cómo incentivar la consulta orientada a la investigación sin poner evidentemente en riesgo la obra? A partir de esta pregunta consideramos que es un desafío la diversificación de actividades tendentes a incrementar el número de investigadores, no tanto para recolocar el *branding* gubernamental cuanto para impulsar la visita con claros objetivos de investigación. En realidad, normativizar la protección documental y bibliográfica no puede quedar restringido al ámbito de la vigilancia y el control, sino que debe plantear acciones generales centradas en la promoción de la riqueza custodiada.

Mencionamos ya un desafío relativo a la difusión e investigación, pero también hay justificadas razones para apelar a la conservación y preservación. Es fundamental recalcar el valor que tiene la digitalización de los acervos como forma de preservación.¹¹ El apoyo en las tecnologías de la información encabeza una de las áreas de oportunidad bibliotecológica y

¹¹ Cf. Voutssás Márquez, J. *Preservación del patrimonio documental digital en México* (México: UNAM, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, 2009).

archivística. Ciertamente las humanidades digitales, en otras cosas, han reorientado el futuro de los acervos. No es que la conservación material haya perdido importancia, sino que es primordial integrar las tecnologías digitales en su conjunto. Por ello sería interesante, en un trabajo conjunto entre el INAH y la Secretaría de Cultura, que la Biblioteca Conventual del Museo Regional llevara a cabo una biblioteca digital en donde reproduzca parte de su patrimonio documental (catálogo general, marcas de fuego, *ex-libris*, impresos novohispanos, etcétera). Pues además que conlleva a un menor desgaste material puede llegar más lejos en los motores de búsqueda de los usuarios del internet. En suma, se hace visible en la red global.

De esta manera, a partir del testimonio de David Saavedra hemos delineado algunos aspectos dignos de reflexión. El mundo del libro antiguo está lleno de múltiples aristas, algunas más desafiantes que otras, especialmente las concernientes a las instituciones de custodia. ¿Pero qué futuro les espera en medio de un contexto que ha recortado su presupuesto? ¿Cómo podría integrar a la iniciativa privada una institución pública desde una perspectiva que favorezca la conservación del patrimonio documental? ¿Cómo podría plantearse el “derecho a la cultura”, en este caso a la cultura escrita objetivada en la herencia bibliográfica, tomando en cuenta que los “derechos culturales” no cuentan con un cuerpo jurídico consolidado? Frente a todas estas preguntas, finalmente, queda reivindicar una educación bibliotecológica absolutamente necesaria para el siglo XXI, que reclame el legado documental y bibliográfico de México para las futuras generaciones.-

Recibido 02 de Junio de 2020 – Aceptado 02 de Julio de 2020